

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Deodoro Roca: un intelectual situado en los márgenes de la cultura y la política argentina y latinoamericana.

Bruera, Rodolfo Lautaro (UNR / UNL / CONICET).

Cita:

Bruera, Rodolfo Lautaro (UNR / UNL / CONICET). (2007). *Deodoro Roca: un intelectual situado en los márgenes de la cultura y la política argentina y latinoamericana. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/326>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 21 de Septiembre de 2007

Título: Deodoro Roca: un intelectual situado en los márgenes de la cultura y la política argentina y latinoamericana.

Mesa: 39: Eje 4: Historia de los intelectuales en América Latina.

Lautaro Bruera, Becario Conicet, Ciesal (UNR); JTP, FHUC (UNL).

Presentación del autor

Deodoro Roca, nació en la ciudad de Córdoba, Argentina, donde siempre viviría, el 2 de Julio de 1890, y sus días concluyeron allí el 7 de Junio de 1942. Descendiente directo del caudillo líder del proyecto modernizante de 1880, Julio A. Roca, quien a su vez proviene del tronco familiar del conquistador y fundador de la ciudad mediterránea, Jerónimo Luis de Cabrera. Uno de sus grandes amigos, Gregorio Bermann, lo definiría como un tráfuga de su clase, la intensidad y los riesgos de su vida pública y la profundidad de sus obras, que abarcan el arte y la literatura, la ciencia y la política, son un legado que interpela incesantemente a nuestros intelectuales, a partir de su pasión por el destino de la patria y sobre todo el destino del hombre, como lo afirmaba en su autobiografía, el propio Deodoro, escrita en 1941.

Arturo Capdevila, su compañero de la infancia, diría que su amistad era un regalo divino, como su nombre lo indicaba: Deo-doro, don de Dios. Juntos compartieron la educación clásica de la elite dirigente cordobesa, el Colegio Monserrat y la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba, de la cual dependía aquel, a pesar de su carácter confesional, de este ambiente de santuario de la edad media nos queda el registro realizado por Capdevila en *Córdoba del recuerdo*. Deodoro tenía pleno conocimiento de este asfixiante ambiente para el ejercicio de las libertades, indispensables para poder asimilar los principios de la modernidad, y así lo afirmará en el Manifiesto liminar de la Reforma Universitaria cuya redacción le pertenece, y está firmado por los miembros de la Federación Universitaria de Córdoba el 21 de Junio de 1918, desde una de las primeras Universidades América Latina, creada en 1613, definía al movimiento como el nacimiento de una verdadera revolución, reivindicaba la llama que estaba quemando el viejo reducto de la opresión clerical y convocaba bajo su bandera a todos los hombres libres del continente.

Los acontecimientos de la Reforma Universitaria lo tuvieron a Deodoro Roca como protagonista, e interprete fundamental, desde su gestación misma, encabezó los

firmantes en repudio de los sucesos de la Biblioteca Córdoba en 1916, que intentaba iniciar un ciclo de conferencias con intelectuales jóvenes y de ideología renovadora, lo cual generó la reacción agresiva del diario católico *Los principios* y del diario del centro *Juventud Católica*, quienes empezaron a atacar al director del Biblioteca y a incitar al gobierno a que impidiera la prosecución del programa cultural. Sólo se llegó a realizar la primera conferencia, que fue la de Arturo Capdevila, pero el núcleo de amigos organizador dio a conocer como respuesta un Manifiesto en Agosto de 1916 en donde se abogaba por la libertad de pensamiento, y la función primordial que cumplían las bibliotecas para ello, y se protestaba contra los que querían hacer retroceder la vida social, contradiciendo la nueva época que se comenzaba a vivir, cuya base estaba conformada por los principios de la democracia: la tolerancia y el respeto por todas las ideas. Entre los firmantes del Manifiesto, además de Deodoro, estaban Arturo Orgaz, Saúl Taborda, entre otros, y desde Buenos Aires llegaban las adhesiones de Alfredo Bianchi, Roberto Giusti, Alberto Ghirardo, E. del Valle Iberlucea, Leopoldo Lugones entre otros. La agitación se mantuvo, y el 10 de Septiembre, después de una serie de reuniones secretas celebradas en las habitaciones que ocupaba Arturo Orgaz en el hotel del plata (que llamaran la “jabonería” en alusión a la jabonería de Vieytes), a las que concurrían: Deodoro Roca, Arturo Capdevila, Julio H. Brandan, Saúl Taborda, entre otros, desembocó en la Conformación del comité “Córdoba Libre”, que resolvió de inmediato emprender una campaña liberal iniciando un ciclo de conferencias con Alfredo Palacios, a la que concurrieron mas de 5000 personas al teatro Rivera Indarte, entre dianas y marselesas que ejecutaba una banda popular. El comité “Córdoba Libre”, a partir de este tipo de actividades, será el encargado de generar lo que Deodoro definía en el Manifiesto liminar como una revolución en las conciencias, y Antonio Gramsci llamará una reforma intelectual y moral, alcanzando su punto más alto a lo largo de todo el año 1918 en la ciudad de Córdoba, cuyo ejemplo de lucha y a su vez la construcción de un nuevo tipo de Universidad por parte de un nuevo sujeto pedagógico y político como fue el movimiento estudiantil, conmovió a los intelectuales y las organizaciones a lo largo y a lo ancho de Latinoamérica.

Continuaron el legado del movimiento de la Reforma Universitaria en cada nación latinoamericana, de acuerdo a sus circunstancias políticas, y a veces superando su alcance, como en el caso de la construcción de las Universidades Populares González Prada en Perú, y la José Martí en Cuba, en cuyo seno se gestaron los intelectuales orgánicos que forjaron tres de las mas importantes experiencias políticas de la década

del '20: El APRA creado por Víctor Raúl Haya de la Torre en México en 1924; el Partido Comunista Cubano, que tuvo como una de sus figuras preponderantes a Julio Antonio Mella, en 1925; y el Partido Socialista Peruano, obra del intelectual peruano José Carlos Mariátegui en 1928.

El camino en la conformación de una matriz deodórica.

En una primera etapa de la constitución del pensamiento deodórico, que definiríamos como de preparación de la reforma intelectual y moral, encontramos tres escritos, que abrirán el trayecto de tres vertientes teóricas fundamentales, dos de los cuales: “Ciencias, Maestros, Universidades”, (1915); “De La Fábula Caballeresca” (1916), estuvieron compilados en el primer libro de Deodoro Roca, editado por su amigo Gonzalo Losada, y cuya selección corrió por cuenta de Santiago Monserrat, y fue prologado póstumamente por Saúl Taborda en 1945, llevando por título: *Las obras y los días*, (un jurado integrado por Borges, Fernández Moreno, Martínez Estrada, entre otros lo consagró “libro del mes” en Enero de 1945). Y el tercero, nunca fue publicado de manera completa, que es su tesis doctoral, “Monroe-Drago-A.B.C”. “Reflexiones sobre Política Continental”, publicada a fines de 1915, la cual mereció un análisis y un comentario positivo por parte de José Ingenieros en la *Revista de Filosofía* en 1916.

En el primero de los tres escritos, “Ciencias, Maestros, Universidades”, cuya presentación en público se hizo en el acto de colación en diciembre de 1915, pronunciado como discurso en nombre de los graduados por parte de Deodoro. En él, hay una primera definición del impacto de la crisis que estaba generando la Gran Guerra europea, a la que atribuía ser la evidencia de una “bancarrotita de la moral”. Sin caer en ninguna clase de pesimismo, y luego de declamar la necesidad de dejar de practicar el culto al pasado glorioso en la casa de altos estudios mediterránea, comenzaba a esbozar un análisis sobre la dimensión de la crisis civilizatoria que se producía en el mundo occidental, y a su vez las perspectivas novedosas que ello abriría. En este sentido remarcaba Deodoro, que la ciencia cumplía un papel fundamental, ya que llevaba dentro de sí una fuerza de propagación que sólo habían tenido las religiones, y predecía la sustitución de estas últimas, siempre y cuando la ciencia dejara de ser puramente especulativa o indagatoria, definiéndola como “la experiencia de la humanidad hecha sistema, orden, claridad, armonía”. A diferencia del arte, que no sopota jamás la mediocridad, la ciencia nada desdeña, amasa todas las observaciones, reúne y multiplica todas las fuerzas intelectuales, esto se da, para Deodoro, a partir de un fondo común de ideas que tienen todas las teorías, lo que las hace susceptibles de enseñanza y

propagación popular. De este modo, se tendrían que esparcir las nuevas ideas morales, y así como la solidaridad de las inteligencias sirve a la obra científica, Deodoro advertía que la fraternidad fundada en la conciencia “humana” de la solidaridad, será el campo fecundo de la futura siembra moral. En la ciencia humanizada, pragmatizada, halla Deodoro una respuesta efectiva ante la crisis civilizatoria, por eso plantea que en la Universidades está el secreto de las grandes transformaciones contemporáneas, no sólo como escuela de profesionales, sino también a través de los maestros a la manera socrática. Un punto fundamental, que aparece en este escrito, y atravesará el ideario deodoro, en sus distintos momentos, es la limitación de la concepción de las ciencias concebida como culto exagerado del “hecho” omnipotente”, por lo que acusaba especialmente a Alemania de haber contribuido con ello a matar la imaginación, y recuperaba la necesidad del entusiasmo como promotor de todas las obras humanas, e introducía la noción ingenieriana del ideal, como creencia activa que se traduce en el esfuerzo, *El mundo es de los verdaderos entusiastas, de los que distinguen lo que es de lo que todavía no es; de los que miran el presente como marco del porvenir, de los espíritus sintéticos que saben vincular lo ideal y lo real, de los que advierten una “dirección”, y por consiguiente persiguen un fin, de los que saben quebrar los contornos rígidos y sacar palpitante y viva la realidad sucedánea .¡Allí es donde se incuban los Profetas y los Mesías de la Ciencia!*¹

Sin caer en pesimismo ni ingenuo optimismo, el balance de Deodoro en el final de su discurso sobre la situación de la Universidad en América, para buscar respuestas a la acentuación de la crisis de todos los valores que la tragedia de Europa destellaba, infería que no estaba todavía a la altura de las circunstancias, ya que la juventud que la transitaba no contaba con direcciones ni para el pensamiento, ni para la acción, perdida en la extensión de América apenas se escuchaba la voz de uno que otro maestro, en Europa casi todos se habían ido ya para siempre. Otro concepto de Ingenieros puesto en juego en el discurso es la distinción entre el rango, referido a la moral burocrática, con el mérito, y de esta manera critica la concepción del Estado que lo es todo, frente a la voluntad creadora del individuo, lo cual termina por torcer las vocaciones; para Deodoro las Universidades deben poner en funcionamiento, ante esta situación, los mecanismos defensivos elaborando el pensamiento nacional, la juventud debe encontrar las altas señales, y desde allí poder mirar hacia todos los horizontes. Ya que la verdad

¹ ROCA, Deodoro; *Las obras y los días*; Losada, Bs. As., 1945, pag. 50.

para Deodoro no es patrimonio de nadie, siendo un perpetuo devenir, *el maestro no debe aspirar sino a que nos descubramos a nosotros mismos, ahí está lo fecundo en la confluencia de maestros y discípulos*². Debía aspirarse antes que todo a desarrollar el espíritu de investigación, el espíritu filosófico, que se encontraba muerto y amortajado en las universidades y en todos los institutos oficiales de cultura, y luego de definir a la patria a partir de Michelet como una amante detrás de la cual corremos, Deodoro afirmaba que la nacionalidad reclamaba más que nunca el esfuerzo constante de todos, y para esta tarea sugería en primera persona del plural la necesidad de estudiar sin descanso, preparando los espíritus para comprender el sentido de lo que vendrá, frente a una civilización que estaba ardiendo con el trasfondo de la gran guerra.

En el segundo de los escritos de este momento inicial del ideario deodórico, “De la Fábula Caballeresca” publicado por la Revista de la Universidad Nacional de Córdoba en 1916, se incorpora una característica, que lo acompañara a lo largo de toda su trayectoria, y reaparecerá transformada por la experiencia revolucionaria de la República de 1931, nos referimos a la ascendencia española: *Adviértase que somos españoles por el corazón y por la raza. España era un pueblo cuyo impulso debiera haberle llevado más lejos todavía. Concluyó temprano su carrera, porque dejó de ser ambiciosa y descuido el ideal. Pueblo que no ambiciona ni idealiza, deja por ese solo hecho de vivir como tal. Tenía fuerzas no obstante para una empresa más larga. Sin embargo... ¡Quién sabe acaso entre la ceniza esté ahora operándose el milagro de una resurrección!*³. A pesar de nombrar al Cid, Pizarro y Loyola como símbolos del hispanismo, Deodoro va a remarcar la figura de Don Quijote a lo largo de todo el escrito, definiéndolo como el libro que de un lado a otro de la tierra los adolescentes deletrean y los viejos admiran, el libro amado por igual de mundanos, de filósofos, de sedentarios, de poetas, *El viejo caballero, al evocar su vida, hace surgir todo un mundo limpio y vivo. La ironía y la piedad se confunden cabe una misma sonrisa. Prejuicios, entusiasmos, groserías, magnanimidades, ridículos inverosímiles, alegría y dolor, cobardía y valor, canciones y llantos, todo el drama y la comedia de los hombres que se agitan y viven*⁴. La riqueza y dimensión de la literatura castellana, admirada y asimilada desde su temprano inicio intelectual por Deodoro, cuyo umbral lo erigía en la creación del Quijote de Cervantes, impulsará posteriormente la redacción de un estudio fabuloso

² IBIDEM, pag.54.

³ ROCA, Deodoro; *Las obras y los días*; Losada, Bs. As., 1945, pag. 75.

⁴ IBIDEM

sobre la literatura renacentista en España, a partir de la figura estética de Lope de Vega, o al deslumbramiento con el estilo literario de Don Ramón del Valle Inclán y su creación llamada esperpentos, llevándolo a caracterizar a este estilo como una de las fuentes del grotesco.

En este discurso, Deodoro retomará el legado transmitido por Rodó a las juventudes hispanoamericanas, a partir de la noción del ideal latino “que asciende la selección humana rectificando en los hombres tenaces vestigios con el cincel perseverante de la vida”, pero combinándola positivamente con el espíritu quijotesco. La ciencia sutil de Próspero se alimenta de las utopías del caballero voluntario del Derecho y la Justicia para Deodoro, despreciado y pobre, al igual que el Quijote, es el único que al final triunfa: *De siglo en siglo, de generación en generación, de prueba en prueba, va conquistando gloriosas carreteras. Hoy una guerra, mañana una injusticia, ayer una monstruosidad, no importa. No importa que la humanidad de tumbos. Es la condición de la ola. Si él no fuera el mundo no sería*⁵. Deodoro termina el escrito afirmando que todas las conquistas permanentes de la civilidad, hasta el propio desarrollo industrial y mercantil “que congestionan el mundo”, germinaron en la mente de generosos utopistas, la solidaridad misma es definida como fruto de desinterés, de heroísmo anónimo y colectivo: “vano es entonces hablar despectivamente del espíritu quijotesco. Quijote no ha muerto. Quijote vive”. El triunfo del Quijote, para Deodoro, se fundaba en que su “lanza irrisoria” siempre fue blandida a favor de los indigentes y de los oprimidos, la defensa del pobre, el consuelo de los que en el mundo no tienen amigos ni protectores. El tercero de los escritos de este momento iniciático del pensamiento deodorico, es el que mayor proyección en el ámbito nacional y latinoamericano le dio, hasta la aparición del Manifiesto liminar, cuyo prólogo apareció en el segundo libro publicado sobre la obra de Deodoro Roca: *El Difícil Tiempo Nuevo*, y su compilación fue realizada por Gregorio Bermann en 1956. El prólogo se tituló “Monroe-Drago-A.B.C”, como parte de la Tesis “Reflexiones sobre Política Continental”, proyectándose a través del comentario elogioso y resumen del mismo hizo José Ingenieros en la *Revista de Filosofía* en 1916. Ingenieros avizoraba el núcleo de la proyección del planteo de la Tesis doctoral de Deodoro, que lo incluirá en una larga tradición de pensadores latinoamericanos: “Lo que en adelante ha de unirnos ya no será la solidaridad de sangre: será la solidaridad de los destinos comunes”. Mediante esta postura, se apartaba Deodoro

⁵ ROCA, Deodoro; *Las obras y los días*; Losada, Bs. As., 1945, pag. 79.

de cualquier tipo de análisis basado en aspectos raciales o étnicos, para explicar la problemática latinoamericana: *Si el vínculo de sangre se debilita de más en más, si las naciones americanas dotadas de caracteres – y de defectos podría agregarse- originariamente comunes, tienden a diferenciarse, sus destinos corren seguramente una suerte parecida. Las civilizaciones, desde la edad remota, vienen describiendo parábolas que siguen direcciones uniformes: vienen corriéndose de Oriente a Occidente. Todo hace pensar que en Europa hizo su ciclo, que la onda concéntrica enarca ahora su curva sobre América y que este continente será el teatro de las nuevas edades*⁶.

En el prólogo de su tesis, Deodoro, precisa la distinción que separa la política de la doctrina monroe, y la región de América central en donde tenía su radio de influencia, de la situación de la América meridional, y la ubicación propicia de su territorio, reforzada por la leyenda de Cipango, para colocar los “sobrantes” del capital y del trabajo que la organización capitalista “exudaba” de Europa. Las Antillas, América Central, la parte norte de la meridional y Méjico, eran regiones geográficas sometidas al predominio exclusivo de los Estados Unidos, a través de la doctrina de monroe. Detrás de la doctrina – si no antes, después- planteaba Deodoro, había intereses que ésta vino a legitimar, disfrazando lo que se llamó una imperiosa necesidad política y económica, “Méjico, especialmente, fue la región más monroizada. El culto de Monroe exigió que sacrificara más de novecientas mil millas cuadradas a la grandeza de la doctrina”. La parte Meridional, por su alejamiento quedaba fuera de la influencia de Monroe para Deodoro, a partir de su engrandecimiento económico, del aumento de la población por contingentes europeos, de su progreso cultural, y también por el accionar del canciller argentino Drago, creador del Tratado del “A,B,C”, cuya intervención en Méjico había constituido su bautismo, comenzando a desplazar al panamericanismo sentimental. Sin embargo, reafirmaba Deodoro, las tentativas de acción diplomática conjunta entre varios países americanos extraños al monopolio yanqui, se remonta al congreso de Panamá convocado por Bolívar en 1823, y la utopía de formar una Gran Confederación de pueblos en base a las antiguas colonias hispanas. Deodoro termina el prólogo, desafiando a Norteamérica, y denotando la fuerte influencia rubendariana en su escrito: *¡Vosotros nunca podréis realizar una noble función civilizadora en el continente; vosotros no podréis contemplar jamás – como Grecia en el mundo antiguo, como*

⁶ ROCA, Deodoro; *El difícil tiempo nuevo*; Lautaro, Bs. As., 1956, pag. 176.

*Francia en la Edad Moderna- un anfiteatro de naciones, dóciles a un magisterio armonioso! ¡Os falta lo esencial: sois orgullosos, egoístas y duros! Falta a vuestro sentimiento de la vida, a vuestro ideal de Pueblo, el generoso desinterés, el sereno equilibrio de nuestra stirpe latina... ¡Dejadnos! Os agradecemos lo poco que por nosotros hiciste*⁷.

Cabe destacarse la combinación constante que se percibe en este momento de conformación de la matriz de pensamiento deodórica, lo cual será potenciado posteriormente, como por ejemplo con el novecentismo, que era recepcionado por Deodoro con la incorporación de elementos sociales, económicos y políticos, lo que le otorgaba solidez y complejidad al idealismo arielista, que era mayoritariamente interpretado por los intelectuales sólo desde su raíz meramente cultural.

La formación intelectual de Deodoro Roca: el impulsor de la Revolución universitaria del 18 en Argentina.

Seis días después del conflicto desatado en el seno de la Universidad Nacional de Córdoba, a partir de la fallida elección del rector el 15 de Junio de 1918, que motivó la denuncia de fraude por parte de los estudiantes y la declaración de una huelga por tiempo indeterminado, el 21 de Junio de 1918, Deodoro Roca dio a conocer su diagnóstico de la situación, afirmando su inminente proyección en el marco de la nueva hora revolucionaria y americana que comenzaba a vivirse, mediante el “Manifiesto liminar”. A la burla del fraude, se dejaba sentado en el Manifiesto, respondimos con la revolución: *Los cuerpos universitarios, celosos guardianes de los dogmas, trataban de mantener en clausura a la juventud, creyendo que la conspiración del silencio puede ser ejercitada en contra de la ciencia. Fue entonces cuando la oscura universidad mediterránea cerró sus puertas a Ferri, Ferrero, a Palacios y a otros, ante el temor de que fuera perturbada su plácida ignorancia. Hicimos entonces una santa revolución y el régimen cayó a nuestros golpes*⁸. Finalmente se afirmaba la idea de “una revolución en las conciencias”, realizada por la juventud universitaria de Córdoba, noción que se reiterará en el ideario deodórico, y portará el título de uno de sus discursos en el agitado año 1918 cordobés. La reforma intelectual y moral propugnada en 1916 por el comité Córdoba Libre, comenzaba a tomar forma en el terreno de la cultura y la política, a partir de la confluencia con el comité pro reforma constituido por los estudiantes, y la posterior consecución de la transformación de la vetusta Universidad mediterránea, en

⁷ Ibidem, pag. 177.

⁸ KOHAN, Nestor; *Deodoro Roca, el hereje*; Biblos, Bs. As., 1999, pag. 81

un nuevo modelo que trastocaba de raíz su organización y funcionamiento, todo lo cual terminó por desbordar el ambiente provincial y nacional, llevando a adquirir al movimiento rápidamente dimensiones latinoamericanas.

Deodoro Roca nunca se conformaba con su variada fuente de erudición para abordar los fenómenos sociales que lo atravesaban, permanentemente extraía de la realidad nociones que complejizaban los diversos marcos teóricos, constituyendo nuevas categorías y concepciones. Ésta actitud queda de manifiesto en el discurso: “La nueva generación americana”, que clausuró el Congreso de Estudiantes el 31 de Julio de 1918 en Córdoba, en el cual se discutieron y conformaron los nuevos Estatutos que regirán las Universidades Nacionales. En él, Deodoro, comenzaba reivindicando el honor de ser su camarada, afirmando a través de Bergson que había que conservar la disposición con que se entra a la Universidad, para estar siempre dispuesto a ser estudiante: *Si esa disposición de espíritu es el aliento del trabajo filosófico, lo es también del vigor juvenil...me sentí hermano vuestro, oprimido de la misma angustia, tocado de la misma esperanza. Por eso estuve en la calle estentórea ardiendo en grito de rebelión y por eso estuve aquí oyendo profundamente las cosas esenciales que dijisteis. La calle fue el Teatro Romántico de la Revolución. Es, también, su destino más glorioso...El corazón anduvo libre por plazas y calles. El congreso de hoy se afana por expresarlo*⁹. Deodoro identificaba al amplio movimiento que confluía en los sucesos de la Reforma Universitaria, como la generación de 1914, que alumbraba el incendio de Europa. Pero la aparición pública de la nueva generación, se encontraba ante un cuadro nacional problemático y sin un claro horizonte cultural para Deodoro, a partir de la “grisácea uniformidad de la conducta” enredada con las “oscuras prácticas de Caliban”, el libro recién llegado traía la fórmula del universo, y fugábase la espiritualidad del viejo “esprit” de los criollos, “gala de la fuerza nativa, resplandor de los campamentos lejanos en donde se afianzó nuestra nacionalidad”. Sin embargo recordaba Deodoro, ante esta situación se alzaron algunas voces disonantes, como la de Ricardo Rojas: “lamentación formidable, grave reclamo para dar contenido americano y para infundirle carácter, espíritu, fuerza interior y propia al alma nacional; para darnos conciencia orgánica de pueblo”. El Centenario del año 10, afirmaba Deodoro, venía a proporcionarle razón, ya que el Estado, rastacuero, transformaba a la democracia en una plutocracia extremadamente sórdida, y se sustentaba en un crecimiento que no estaba sustentado en

⁹ KOHAN, Nestor; *Deodoro Roca, el hereje*; Biblos, Bs. As., 1999, pag. 83

una expansión orgánica de las fuerzas, sino como consecuencia de un simple agregado molecular, sin generar desarrollar, sino yuxtaposición, “habíamos perdido la conciencia de la personalidad”. Faltaban hombres, deducía y declamaba Deodoro, y hombres americanos, luego se retrotraía a la época colonial, para explicar que en nombre de la explotación de para dar a la riqueza el mayor rendimiento, se sacrificó la vida autóctona, sus civilizaciones fueron destruidas en nombre del Trono, y aniquiladas en nombre de la Cruz, se andaba por la tierra de América sin vivir en ella. Sin embargo, advertía Deodoro, que las nuevas generaciones empezaban a vivir en América, a preocuparse por sus problemas, por el conocimiento profundo de “las fuerzas que nos agitan, y nos limitan, a renegar de literaturas exóticas, a medir su propio dolor”, y de esta manera suprimir los obstáculos que se oponen a la expansión de la vida en América. Esta nueva actitud para Deodoro no implicaba cerrarse a la sugestión de la cultura que viene de otros continentes. Luego de resaltar la prioridad del momento histórico que atravesaba la nación “¡Crear hombres, y hombres americanos es la recia imposición de esta hora!”, y advertir que la civilización, burguesa, se había diseminado en las costumbres del país y giraba en torno de lo mediocre de los intereses creados, Deodoro encontrará la respuesta a este dilema, a partir de la operación de una revolución desde arriba para poder desarraigar estos intereses. Y ello lo tendrá que llevar a cabo la Universidad, en ella se encontraba el secreto de la futura transformación: “Ir a nuestras universidades a vivir, no a pasar por ellas; ir a formar allí el alma que irradie sobre la nacionalidad; esperar que de la acción recíproca entre la Universidad y el Pueblo surja nuestra real grandeza”.

De esta manera, cierra el histórico Congreso de Estudiantes y su discurso Deodoro, asimilando las transformaciones que se estaban gestando, y redimensionándolas. En primer lugar advertía que por el pensamiento puesto en acción por los estudiantes, pasaba silencioso el porvenir de la civilización del país. Luego, Deodoro celebraba el soplo democrático que significaba este Congreso, y agregaba la necesidad de ponerse en contacto con el dolor y la ignorancia del pueblo, abriéndole las puertas de la Universidad o desbordándola sobre él. De esta manera, concebía Deodoro finalmente, que al espíritu de la nación lo deberá realizar el espíritu de la Universidad, al espíritu del estudiante lo hará la práctica de la investigación, a través del ejercicio de la libertad, para poder levantarse en el stadium, o en el auditorium las fraternidades de la futura república universitaria.

Otro discurso clave que da Deodoro en el marco de los acontecimientos de la Reforma Universitaria de 1918 en Córdoba, en el momento en que son definitivamente aprobados los nuevos Estatutos discutidos y redactados por los estudiantes, llevaba por título “La revolución de las conciencias”. Este discurso formaba parte de un banquete ofrecido por el Ateneo Universitario de Buenos Aires dirigido Horacio Pozzo, en Octubre de 1918, a la figura de Deodoro Roca, que había despedido hacia unos días al interventor del gobierno nacional, rodeado de una muchedumbre enfervorizada, planteándole “que despierta y vigilante la juventud iba a custodiar la casa de altos estudios”, y nadie podría arrebatar ya el precioso tesoro de la libertad ganado. Deodoro destacaba lo impersonal de este acto, y valoraba la actitud de “esos recios y bravos muchachos” que bajo el cielo de Córdoba, y en disposición dionisiaca hicieron alegremente, cosas terriblemente serias. Había florecido una generación para Deodoro, y la explicaba a partir de la situación que generaba una tiranía clérico-conservadora enseñoreada en el Estado, en la propiedad, en la iglesia y en la familia, todo lo cual favorecía una potente vida interior. A su vez, el surgimiento de la nueva generación se nutría de la alternancia entre la congestión febril de las grandes ciudades y la íntima paz de provincia, la ubicación geográfica de la ciudad mediterránea permitía lograr una proporción entre ambas para Deodoro, cabe advertirse la importancia del elemento telurista al igual que en la obra de Ricardo Rojas, y así el corazón estaba más cerca de la tierra y abierto a las emociones sencillas, lo que generaba que la categoría triunfe sobre la anécdota, se vean los problemas fundamentales, y de este modo la conciencia del país se haga patente. A partir de estos elementos, Deodoro expresaba que los estudiantes habían afrontado uno de los males más graves que padecía el país: no existían maestros, la universidad representaba el embrutecimiento metódico, la corrección de todo entusiasmo, el ajusticiamiento de toda renovación, y así fueron contra la universidad. Frente a este desafío de los estudiantes, describe Deodoro, se levantaron movida por el mismo interés todas las instituciones a defender la universidad que las blasonaba. Fue entonces que “esos recios y bravos muchachos” enfrentaron a la universidad, la iglesia, la familia, la propiedad y el Estado, “había estallado la revolución en las conciencias”. Y sigue detallando Deodoro, como entendía a esta revolución, no estaba motivada por un entusiasmo de tránsito lo que llevó a las calles en esas memorables jornadas, era una conciencia muy serena y muy onda de los problemas nacionales, afrontada con plena capacidad y alegre voluntad. En esta generación de luchadores, afirmaba Deodoro, no se advertía multitud, cada uno cumplió con lo suyo en la exacta medida, “un motín se

ahoga en su propia pequeñez. Una revolución se encauza en las grandes corrientes de la vida”, fue por eso que la Iglesia, la familia, la propiedad y el Estado se replegaron en su injusticia representativa. La juventud de Córdoba, había hecho caer la universidad argentina burocrática, pedantesca y doctoral, se terminaba con una mentira que avergonzaba, y confiaba Deodoro en que la sensibilidad que traía esta nueva generación, pondría de relieve las que quedaban.

Los maestros y la polémica con Lugones.

El primer homenaje que realiza Deodoro Roca a un intelectual llevó como título “José Ingenieros: sabio y hombre”, y fue escrito en 1926, en su conmemoración. En la figura de Ingenieros permanecía una obra que lo hacía perdurar, para Deodoro, y así se mantenía creando vida; lo definía como un escéptico que se renovaba permanentemente, cuyo ejemplo fuerte de vida clara, maduraba en la fe de los mejores destinos humanos, a través de horas angustiosas y de ásperas luchas; esta actitud lo acercaba a los jóvenes, con los que se mezclaba, y orientaba en sus vocaciones atormentadas. Ingenieros, según el relato de Deodoro, había conocido la fortuna, la fama y el suave calor de los homenajes académicos, fue el niño mimado de los ambientes universitarios, “la plata labrada que se exhibe con vanidoso orgullo”. Así Deodoro consideraba, que en alguna medida Ingenieros estaba atravesado, por la ciencia y la limitación del ochocientos, *era una fase histórica de la tragedia de la Cultura, no vivida ni superada por nosotros, la que irrumpía, en nuestro mundo todavía ciego a la más rica y noble tradición del Occidente, urgido sólo por inquietudes y emociones agropecuarias, mundo que satisfacía los apetitos intelectuales con una vasta fronda que verbal y cuartelera, rumoreada de dianas y florecida en la espada bilingüe de los “organizadores”*¹⁰. Pero el aspecto que más va a resaltar Deodoro, y que tomará como guía en su trayectoria intelectual, es la actitud de Ingenieros, que había podido serlo todo, y sólo se contentó apenas con ser un hombre, por debajo del sabio vivía el hombre de su tiempo acuciado por los imperativos históricos, reforzando su prodigiosa voluntad con una grave y lúcida conciencia civil. Los sabios sin sabiduría, continuaba Deodoro, no inspiran recelos, ya que se encuentran enredados en los prejuicios y la intolerancia “que enlazan los intereses creados de la sociedad opresora”, pero Ingenieros había logrado combinar el saber con Sabiduría, “cosa que se da en los que tienen la entraña cordial, en los espíritus inquietos, y selectos que sienten la tragedia de la historia a la que da sentido el destino

¹⁰ ROCA, Deodoro; *El difícil tiempo nuevo*; Lautaro, Bs. As., 1956, pag.42.

del hombre y trabajan y crean y sufren y aman y sueñan y esperan con los ojos puestos en las eternas interrogaciones”. En esta actitud, encontraba Deodoro la explicación del estruendoso divorcio de Ingenieros, de su desdén elegante, y sobre todo del silencio que se hizo en torno a su figura a partir de su muerte, dueña de una de las inteligencias más ricas, más sutiles, y más “peligrosas” que se habían generado en América.

El segundo homenaje que realiza Deodoro Roca, lo subtitula semblanza del gran europeo, y esta dedicado a la figura intelectual de Henri Barbusse en 1935. Comenzaba Deodoro afirmando que la catástrofe de 1914 había devorado al literato que había en Barbusse, la degradación moral que vivió junto a los combatientes anónimos en las trincheras de la gran guerra, quedaron registradas en *El Infierno*, y en *El Fuego*, en los cuales se percibía la reducción lenta de la inteligencia a los instintos bestiales, y la pertenencia a una generación marcada por la destrucción, y la incapacidad de comprender y ser comprendida. El fascismo, continuaba Deodoro, y tantas otras labores políticas estructuradas por ex combatientes (lo habían sido Mussolini, Hitler, Goering, etc.) conservaban un aire de absurda y trágica superfluidad, de anacronismo. Lo que rescata del prodigioso libro del soldado Barbusse, Deodoro, es su Anti- Epica, describía la pesadumbre del dolor y del esfuerzo de los hombres que peleaban, que no amaban la guerra, que ni siquiera la veían, y sin embargo se encontraban movidos por una inmensa fatalidad ciega, todo ello representaba a partir de un relato verídico, sincero, grave y triste, una verdadera Anti Epopeya de la guerra. Pero es a partir de la publicación del *Resplandor sobre el abismo* de Barbusse, libro que sentó las bases de la internacional del pensamiento del grupo Claridad, que Deodoro remarcaba una transfiguración hacia una nueva y dura milicia: la de la justicia social. Ese “resplandor”, era el anuncio de una nueva época, surgida del caos de la anterior, cuyo crepúsculo de sangre daba por cumplida su trayectoria y traslucía su declinación, interpretaba Deodoro, se alumbraban los futuros cimientos de una humanidad rehabilitada. El llamamiento de la internacional del pensamiento, rescataba Deodoro, intentaba unificar a los trabajadores del espíritu, dispersos por el mundo, separados durante cuatro años por los ejércitos, la censura y el odio de las naciones en guerra; se había producido una abdicación de la inteligencia, o una voluntaria sujeción en manos de los imperialismo en juego y la organización burguesa, afirmaba Deodoro. Finalmente rescataba de la figura intelectual de Barbusse, Deodoro, la correspondencia de la actitud con la palabra, el descarte de la espuma retórica, lo definía como un hombre con una indomable independencia de juicio, no un profesional de una clase, una idea o un partido, sino el hombre armonioso, completo y

libre, que desde una trinchera francesa, terminó sus días y su proyecto “buscándolo acaso oscuramente, en la tierra sagrada de Rusia estremecida por el alumbramiento de un mundo nuevo”.

Por último, Deodoro homenajea la figura intelectual de Aníbal Ponce en 1938, al igual que a Lisandro de la Torre. A Ponce lo definiría como al mejor dotado y realizado de las últimas generaciones actuantes de la Argentina, como un intelectual que sentía su obra como parte de su vida, y su vida ligada a la conciencia del deber hacia la libre comunidad de los hombres. Ponce se caracterizaba para Deodoro, por buscar las formas de transmitir, ese don del espíritu del que gozaba, de que su saber llegara hacerse muchedumbre; esa ejemplaridad de carácter termino por forjar a un trabajador del espíritu valiente y puro. En De la Torre, Deodoro veía a un humanista militante, el continuador de una gran tradición de América, como la voluntad civilizadora del país, que a través de sus actos se expresaba. En su lucha se expresaba la identidad entre democracia y patria, remarcaba Deodoro, potenciado por los profundos y temblorosos anhelos del alma popular, De la Torre era un orientador moral, líder nato, pero profundamente antirretórico e involucrado, sin temor a parecer impuro, en la dramaticidad vital de los problemas ligados al destino social de América, en la tarea urgente e inaplazable de la “segunda” independencia.

Sin embargo, en este mismo año, 1938, también había fallecido otra figura intelectual relevante e influyente en el ideario deodorico, como lo fue Leopoldo Lugones, ante lo cual Deodoro se mantuvo en silencio. Esta actitud, se fundaba en una polémica, que mantuvieron ambos a principios de la década del '30, en la cual quedaron sentadas sus diferencias, y sus perfiles intelectuales.

La polémica la inicio Deodoro tempranamente, el 5 de Octubre de 1930, a través de un artículo que publico en su columna del diario *El País* de Córdoba y al cual tituló “León de Alfombra”. La motivación de la polémica, como bien señala Horacio Sanguinetti, se origina en el rechazo que genera en Deodoro la actitud de Lugones, contradiciéndose flagrantemente, desde un primer momento identificado con el socialismo en su juventud, y su apoyo entusiasta a la Reforma de 1918, a su transformismo hacia el fascismo con la hora de la espada, y al sustento intelectual del golpe de estado de 1930 y de su dictadura militar. Deodoro, comenzaba la polémica citando a una referencia intelectual del nacionalismo cultural y democrático latinoamericano, José Vasconcelos, que definía a Lugones como el poeta bufón, y agregándole que ahora se había convertido en un adorador de la fuerza, un creyente en la eficacia de la espada y en la

iniquidad del látigo. Deodoro interpretaba que el abrazo dado al general Uriburu el 6 de setiembre de 1930, no había sido menos efusivo que el apretón de manos dado al general Roca el 12 de octubre de 1898 “Su fiero lema: Ha llegado la hora de la espada, no significa otra cosa que un menear de rabo”. Deodoro, de esta manera, denunciaba que el servilismo de Lugones se disfrazaba de fiereza, y terminaba admitiendo que varias generaciones argentinas, entre las que se encontraba la suya, habían sufrido en carne propia y en sus sueños de una patria mejor, las rebeldías a sueldo de este falso conductor. La respuesta de Lugones se hizo esperar, con motivo de una visita a Córdoba, en un reportaje publicado el 30 de Junio de 1931, en el diario *Córdoba*, había expresado que un hombre realmente equilibrado e inteligente pasa por tres estados: a los dieciocho años rompe vidrios, a los treinta debe poner vidrios, y a los cuarenta, debe fabricar vidrios: “Lo intolerable es que los cuarentones sigan rompiendo vidrios”. La réplica de Deodoro fue instantánea, el 5 de Julio publicó en *El País* “Lugones y el 18”, complementándolo con una carta que le había enviado Lugones el 20 de Agosto de 1918, en plena ebullición de los acontecimientos que desembocaron en la Reforma Universitaria.

El artículo “Lugones y el 18”, era un prólogo de Deodoro, para dar a conocer una de las “fuentes” del famoso año dieciocho “primero de la Reforma Universitaria, cuyo dramático sentido gana cada vez más la conciencia de la Nueva Argentina y encoleriza en la misma progresión a sus adversarios”, en el marco de la polémica ya declarada con Lugones, teniéndolo como protagonista principal a su actual contendiente, y otrora inspirador y figura respetada. En el artículo, Deodoro, continuaba caracterizando el perfil intelectual de Lugones; en primer lugar, refutaba su pretendida “apoliticidad”, y señalaba que el peor político no era el de comité, sino el vergonzante político que desdeñando o afectando desdeñar la política, utilizaba sus medios más reprobables para servir a la suya: “el ascendiente que proporciona el azar histórico de un compadrazgo o de una amistad, no el que procede de autoridad ganada y respetada, en la doble garantía de la cantidad y de la calidad”; por lo tanto para Deodoro la actitud de Lugones, como consejero aulico, de un gobernante todopoderoso, era necesariamente inferior a la actividad política que combate. Posteriormente, afirmaba Deodoro, que el culto a la fuerza de Lugones, era pura retórica, que se agotaba en unas cuántas metáforas opulentas, en épocas normales aparecía como inofensivo, pero en tiempos anormales, se tornaba absurdamente peligrosa. Por último, Deodoro anunciaba su decisión de publicar la carta que había recibido en calidad de miembro del comité “Córdoba Libre”

en 1918, por parte de Lugones, por la verdad histórica y como colaboración al “itinerio” del gran escritor, que pudiendo, había renunciado a ser el maestro de una Argentina mejor; a través de la carta, Deodoro develaba una de las tantas facetas de la evolución del pensamiento de Lugones, ya que había sido uno de los primeros teóricos de la “acción directa” estudiantil.

Esta vez, la respuesta de Lugones no se hizo esperar, la tituló “Defensa propia”, y fue publicada el 18 de julio de 1931; se sintió aludido por el último artículo de Deodoro, a través del *Diario Socialista Independiente* que había transcrito de *El País*. Lugones se presentaba como una víctima de la difamación de Deodoro, sugiriendo que éste se hallaba motivado por un espíritu confuso, sustentado en nombre de principios y dogmas. A su vez, Lugones dudaba de la importancia de Deodoro como político y escritor, a diferencia de lo que denominaba como sus cuarenta años de periodismo libre, en donde había comprometido, según sus propias palabras, posiciones, merecimientos y prestigios, diferenciándose de los nulos “laureles” que no “poseía” su contrincante, al cual no dudaba en calificar como publicista. Finalmente, remataba su defensa propia, Lugones, contra el “fanatismo” de Deodoro, con una cita de Mussolini, acusándolo de estar movilizado por más de un rencor “demo-liberal”. La contrarespuesta de Deodoro fue más rápida aún, publicada el 20 de julio con el título “Boxea con su sombra”, ubicaba el planteo de Lugones, en el subgénero de la diatriba, que rebaja sistemáticamente los móviles que guían las opiniones o la conducta de los demás, y lo interpretaba como un rasgo de avanzada y descompuesta inferioridad, lo cual terminaba por decepcionarlo ante quien había sido su amigo, y fuente de influencia en las horas decisivas de su juventud. Deodoro asumía su actitud, movido por una sagrada indignación, ante la retórica de Lugones y su incidencia como ideólogo, incitando reincidentemente contra la libertad civil del país, además de indignarse al verlo “juntar los talones” lo cual nubla la inteligencia. Deodoro se sentía movilizado por los miles de jóvenes a quienes Lugones podía perturbar y corromper, con sus estentóreos reclamos de dictadura y su rol oficioso de cronista de la violencia. Deodoro reafirmaba que Lugones sabía que a través suyo, hablaba la juventud más valiosa del país, “la que sin contar legionarios “forma legiones””, por ello sentía miedo, no hacia la figura de Deodoro, sino a las verdades que pueda expresar. Deodoro avanzaba en este artículo sobre la caracterización del perfil intelectual de Lugones, a partir de asociar sus actitudes con el narcisismo individual que se resuelve en vanidad y se llama “pedantería”, lo opuesto a la conformación de una personalidad, y las prácticas

delirantes de su culto nacionalista conducentes al chauvinismo, todo ello transmitido a un joven era para Deodoro la calamidad particular mas funesta. Por último, Deodoro concluye la polémica planteando, que lo que había hecho Lugones, a lo largo de su trayectoria intelectual tenía como principal móvil epatar, que trasuntaba frivolidad, así aparecía como ridícula su devoción militarista, incluso intentando hacerla aparecer con espíritu renovador, lo cual contrastaba, a partir de su decrepitud, con los aires y las voces auténticas de ese tiempo.

La matriz de pensamiento deodórica: Nietzsche, Marx, Freud y Lenin juntos, en Córdoba.

La tríada teórica Nietzsche, Marx, Freud, ya comenzaba a ser puesto en práctica por Deodoro en la polémica con Lugones, por ejemplo, cuando se refería a la necesaria combinación y transformación de lo cuantitativo en lo cualitativo en la acción política, denotaba su conocimiento de la filosofía de la praxis; con su análisis del nacionalismo chauvinista a través de categorías freudianas, como la de la herida narcisista; y desde su actitud siempre alerta con el martillo filosófico nietzscheano preparado.

Antes de llegar a esta etapa de constitución del pensamiento deodórico, que se desarrolla sistemáticamente desde principios de la década de 1930, a partir de una gran cantidad de escritos, Deodoro publico esporádicamente algunos artículos durante la década del '20. De este período de transición en la conformación del ideario deodórico, en donde va a profundizar su concepción sobre el imperialismo ya esbozada en la tesis doctoral, podemos mencionar algunos escritos importantes, como “La Universidad y el espíritu libre” en setiembre de 1920 en Rosario, que fue el discurso de inauguración de la Facultad de Ciencias Económicas, comerciales y políticas de la Universidad Nacional del Litoral, Universidad proyectada y creada a partir del Congreso nacional de Estudiantes en Córdoba, este discurso comenzaba con un epígrafe con las palabras de Trotsky de apertura de la III Internacional. En 1925, año de creación de la Unión Latinoamericana, escribe Deodoro “El imperialismo invisible”, discurso pronunciado en un acto de la Liga Antiimperialista. En 1927 pronuncia su discurso en homenaje a los obreros asesinados legalmente en Boston “Sacco y Vanzetti, mártires de la esperanza”. En 1928, inicia los actos de la Unión Latinoamericana, filial cordobesa, con la presencia del escritor antiimperialista centroamericano, Máximo Soto Hall, con el discurso “El drama de América”. En estos últimos escritos se aprecia la fuerte influencia de la concepción de imperialismo elaborada por Lenin.

Un momento fundamental en la conformación de la matriz deodórica, se puede percibir en el texto “La revolución desfigurada”, escrito en octubre de 1929, unos meses antes de la crisis de wall street. Comenzaba este texto con una afirmación provocativa hacia cualquier forma de ortodoxia, Deodoro comenzaba afirmando que poesía y profecía solían andar juntas, y traía a colación el vaticinio del poeta eslavo Gorky, sobre la revolución de octubre, que sería cada vez menos roja, y que terminaría por organizarse como una democracia agraria, mas o menos influida por el socialismo de occidente. Para luego afirmar, que la profecía comenzaba a cumplirse a través del duelo Stalin-Trotsky. Interpretaba Deodoro a la revolución bolchevique, dividida en dos grandes períodos separados por la última enfermedad y la muerte de Lenin, a quien consideraba el protagonista fundamental de la conquista y la afirmación del poder revolucionario, y a esta acción como una revelación genial, como el más importante atraco de todos los tiempos, lo cual develaba la magnitud de su genialidad. “Si la realidad se opone, peor para la realidad”, citaba Deodoro a Lenin, y detallaba su actitud de plegarse a la realidad de modo insobornable, pero siempre con la posibilidad de rectificarse, accionar que se empezaba a desfigurar con la preeminencia de la nueva burocracia, impulsada por un oscuro personaje que ejercía su liderazgo, bajo el seudónimo de Stalin.

Deodoro en “Nietzsche en Italia” (1930) describía un viaje del joven profesor, que había despertado cierto interés con su ensayo “El origen de la tragedia”. Los aduaneros no registraban, continuaba Deodoro, que se introducía por ella el hombre más peligroso de Europa, no reparaban en el optimismo cósmico de ese hombre enfermizo, “y al abrir su inofensiva maleta tampoco reparan en los nerviosos manuscritos del Zaratustra: el larvado pensamiento filosófico contemporáneo, los gérmenes de toda rebeldía actual”. Para Deodoro, Zaratustra hacía aparecer un nuevo sentido de la vida, y le permitía elaborar una concepción del hombre, como un animal que vive, antes que animal sabio, o animal religioso, el propio Nietzsche era, un hombre que se sentía vivir al mismo borde del no vivir afirmaba Deodoro, y vivir para Nietzsche, no era otra cosa que extender por el mundo su magnífico tesoro mental. Por eso, concluía Deodoro, vivir fue para él, reflexionar, construir. Construir sólidamente ante todo, “porque construir es afirmar que se vive fuertemente”.

Continuaba Deodoro con Nietzsche, para conformar su concepción de hombre, pero esta vez junto a Freud, en “impulso y contención” (1930). El hombre decía Nietzsche, prefiere la embriaguez a la nutrición, opta por la felicidad plena antes que por la justicia, el hombre quiere, ante todo, ser feliz citaba Deodoro al filósofo, para luego afirmar que

el dramatismo de la historia ofrecía el espectáculo de una contradicción tenaz, que alumbraba en lo profundamente vital del hombre, la de la felicidad y la cultura “con cierta periodicidad el hombre se siente oprimido por la cultura que él mismo ha creado”, este sentimiento se agudizaba en ciertas épocas, como la nuestra, concluía Deodoro. Examinaba también, simplemente, las múltiples formas de abstención del individuo medio a participara en la obra histórica, evadirse del mundo cultural que lo rodea, todo lo cual contenía latente el afán de la felicidad plena, todas las herejías anticulturales procedían de esa fuente, o de esa herida para Deodoro, y había que tenerlo en cuenta. Citaba finalmente Deodoro a Freud, al que había definido previamente como el prodigioso minero de lo inconsciente, cuando afirmaba que el heterodoxo representaba siempre anhelos humanos que habían quedado reprimidos o eliminados.

Su concepción del socialismo, a partir de este bagaje conceptual, estaba nutrida por una variada pero sólida elaboración teórica. Pero son tres textos fundamentales de Deodoro, los que contienen sus definiciones sobre el socialismo, el primero que analizamos, fue escrito al calor de la República española: “La historia no trabaja en vano”, (1931). Luego de plasmar como veía y sentía a la Revolución Española, esto era como un movimiento ascensional, de abajo hacia arriba, traía a colación su noción de patria, tomado de Unamuno, y asimilable a la de Esteban Echeverría en el Dogma Socialista “no es nuestra madre: es nuestra hija: obra nuestra, fruto de nuestro amor y nuestro desvelo”. Pero el socialismo, era la sustancia, el contenido de la revolución, proyectando una nueva experiencia del socialismo, que la experiencia socialista rusa no tuvo, no alcanzó o no pudo desarrollar. Para terminar por asimilar, Deodoro, al socialismo como la posibilidad de la conversión de la ley de dominio jerárquico en ley de cooperación igualitaria en el poder. El socialismo, para Deodoro, siempre es ruta abierta, marcha ascendente del hombre, camino de una evolución sin fin. Un segundo texto de Deodoro que contiene su concepción del socialismo lo tituló “Los últimos románticos”, (1931). En el plantea una relación, una línea de continuidad entre el romanticismo, como afirmación del impulso individual, por la libre expansión de la conciencia humana, con las conquistas parciales del socialismo, que ofrece un campo extensísimo a la iniciativa individual en beneficio de la justicia, suscitándose nuevos desarrollos, nuevos incentivos y problemas. La conquista de la Cultura, aparecía como una de las novedades, “por la conquista de la Cultura se llegara al Estado Socialista, y a la perfección espiritual de la masa”. Pero además, nuevas cuestiones y aspectos vitales, conceptualizaba Deodoro, no previstos en la ortodoxia, imprimían rumbos diversos a la

acción del proletariado, en referencia a la cuestión de los medios, las soluciones revolucionarias no podían ser las únicas, también se necesita de la obra lenta y sistemática. El socialismo es una corriente continua, afirma Deodoro, la única fuente y vital, la única que va a desembocar en la historia, los que andan por ella van tocados de un sagrado estremecimiento, el estremecimiento del tiempo nuevo, de auténtico sabor romántico. El tercer texto en que Deodoro reflexionó sobre el socialismo, en este caso a partir de la experiencia argentina, fue “El último oligarca” (1930), epílogo al libro *El último caudillo* de Carlos Sánchez Viamonte, en el contexto de la crisis orgánica desatada por la debacle económica de wall street, que hizo tambalear los cimientos del régimen de acumulación agroexportador argentino y del Estado organizado sobre el mismo. En el, planteaba Deodoro, que lo plenamente nuevo en el movimiento de la juventud era la renuncia al individualismo, y su despertar a la comunidad, y a la vez su defensa del espíritu frente al hombre petrificado, la reforma universitaria empezaba a ser reforma social, citaba a Ricardo Rojas. Por último, Deodoro sugería que el contenido del movimiento juvenil organizado “más allá de los partidos”, no podía ser otro que el socialismo, o tocado de sus influencias germinales, ya que sentían al socialismo como escuela, más que coto cerrado. Sin embargo las fuerzas de lo social, aparecían maniatadas, aherrojadas, por esas fuerzas “invisibles” que empezaban a galvanizar el Estado en su servicio, y Deodoro denunciaba a ese “invisible” ejército de la reacción capitalista y cerril que ahogaba la fecunda espontaneidad polémica de la vida civil, alarmado por la vocación socialista de la juventud, que estaba nutrida por las impacencias y el ideario de la generación de la Reforma.

Bibliografía consultada:

ALTAMIRANO, C; *Intelectuales*. Norma, Colombia, 2006.

GRAMSCI, A.; *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Nueva Visión, Bs. As. 2003.

KOHAN, N.; *Deodoro Roca, el hereje*; Biblos, Bs. As., 1999.

ROCA, D.; *Las obras y los días*; Losada, Bs. As., 1945.

ROCA, D.; *El difícil tiempo nuevo*; Lautaro, Bs. As., 1956.

ROCA, D.; *Prohibido Prohibir, Ed. La Bastilla, Bs. As. , 1972.*

ROMERO, J. L.; *Las ideas en la Argentina del siglo XX*, Bib. Actual, Bs.As.1987

SANGUINETTI, H; *La trayectoria de una flecha*, Lib. Histórica, Bs. As, 2003.

TERAN, Oscar; *En busca de la ideología Argentina*, Catálogos, Bs. As., 1986.